DOCUMENT RESUME

ED 043 243 FL 001 357

AUTHOR Mendoza, Manuel
TITLE Hacia la creacion de una filosofia latinoamericana. Un ensayo nacionalista: El perfil del hombre y la cultura en Mexico (Toward the Creation of a Latin American Philosophy. An Essay on Nationalism: A Profile of the Mexicans and Their Culture).
PUB DATE Jun 69
NOTE 16p.; Paper read at the Annual Meeting of the American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, San Antonio, Tex., August 30, 1968

EDRS PRICE EDRS Price MF-$0.25 HC-$0.50
DESCRIPTORS Acculturation, Cultural Awareness, *Cultural Context, Cultural Factors, Essays, Foreign Culture, International Education, *Language Instruction, *Latin American Culture, Literary Influences, Nationalism, *Philosophy, Social Characteristics, *Spanish Literature
IDENTIFIERS *Mexico

ABSTRACT

An analysis of a Mexican essay by Samuel Ramos attempts to resolve the issue of whether or not there is a common philosophy in Latin America today. Manuel Mendoza concludes that no such philosophy exists, because the area has not had time to develop an internal character, and as a result, the intellectual and and philosophical concepts are based wholly on European ideals. Many artists in present-day Latin America are finding the means and resources to create a national philosophy. In Mexico, the revolution of 1910 uprooted the indigenous foundation and incorporated it into the prevailing culture borrowed from Europe. Mexican artists feel the effects of an exploding national spirit. Samuel Ramos' essay on the Mexicans and Mexican culture is considered to be an important milestone toward achieving a national, indigenous philosophy because (1) it is in essay form, a genre most advantageous for expounding a philosophy; (2) it is written in Spanish, a language which lends itself more readily to literary moods than to scientific or technical treatises; and (3) it recognizes the predominance of the European culture and admits to the need for assimilating local traditions into the cultural mainstream. (DS)

ED043243

HACIA LA CREACIÓN DE UNA FILOSOFÍA LATINOAMERICANA.

UN ENSAYO NACIONALISTA :

El perfil del hombre y la cultura en México.

por

Manuel Mendoza

Nacogdoches, Texas, junio de 1969.

FL 001 357

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION & WELFARE
OFFICE OF EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL OFFICE OF EDUCATION POSITION OR POLICY.

HACIA LA CREACION DE UNA FILOSOFIA LATINOAMERICANA.- UN ENSAYO NACIONALISTA: El perfil del hombre y la cultura en México.

Podemos empezar nuestro trabajo con la discusión de un simple hecho editorial, a saber: que la filosofía latinoamericana no tiene publicada aún ninguna historia específica y estrictamente suya. Se han escrito, por ejemplo, estudios e historias del arte, literatura, civilización, economía, antropología, sociología o política de América Latina, pero es un hecho que, entre las pocas obras disponibles ahora sobre el pensamiento latinoamericano, no es fácil encontrar a simple vista una con algún título que corresponda en rigor a una "Historia de la Filosofía".

Las primeras consideraciones de nuestro problema pueden llevarnos a anticipar la siguiente hipótesis:

No existe aún una estricta y específica historia de la filosofía latinoamericana, porque ésta se halla en un estadio de evolución en que el pensamiento depende todavía, para su estudio, de una historia cultural de las ideas y, para su expresión, de formas y géneros literarios como el ensayo.

Para la discusión del primer punto, a saber, que no se ha hecho aún una historia de la filosofía latinoamericana en un sentido estricto, bástenos por ahora distinguir y mencionar simplemente, en la simplificación más elemental posible, dos estructuras teóricas y dos modos de desarrollo histórico de las ideas. Las estructuras teóricas se designan sencillamente, la una, ciencia, y la otra, filosofía. De los modos de desarrollo histórico,

a uno lo denominamos en general "historia de las ideas", y a otro lo distinguimos con las diferenciaciones específicas de "historia de la filosofía" o "historia de la ciencia" o de una ciencia en particular.

Ahora examinemos esta cuestión:

Si se ha creado verdadero pensamiento filosófico en la América Latina, ¿podremos decir que ha alcanzado éste una suficiente estructuración teorética como para sostener la continuidad y desarrollo histórico de sus ideas? Creo que no. La filosofía latinoamericana no tiene historia todavía porque no ha logrado desarrollar su propia estructura lógica interna. Para establecerse una línea histórico-temporal de construcciones teóricas, tienen que enlazarse éstas en una continuidad de filiación inteligible en que una forma de pensamiento presente se ilumine con luces provenientes del pasado. Mas lo cierto es que la actual filosofía latinoamericana no se explica o aclara suficientemente con las luces de su propio pasado en este continente. Hemos de recurrir a las fuentes de la filosofía europea.

Si queremos, pues, entender el desarrollo del pensamiento latinoamericano, que nació y ha germinado en este Nuevo Mundo, debemos olvidarnos, por ahora, de una filosofía originaria de aquí que haya podido iniciarlo. En su lugar, busquemos en las más hondas raíces de nuestra cultura, los elementos conceptuales de que pueda formarse una "historia de las ideas". ¿Qué diferencia hay entre ésta y una "historia de la filosofía"?

Una Historia de la Filosofía estudia el pensamiento directamente en la mente y términos de sus autores originales; una

historia de las ideas, en cuanto estudio cultural, ve las mismas doctrinas en la mente de otros. Por ejemplo, la Historia del Positivismo en México, de Leopoldo Zea, no es la historia de la pura filosofía positivista, sino de la asimilación de las ideas de Comte, Spencer o Mill por parte de algunos pensadores mexicanos en la segunda mitad del siglo XIX. Nos dice cómo el positivismo europeo fue adaptado a la mentalidad mexicana y aplicado a ciertas necesidades culturales de los mexicanos de entonces. Por ello es que la llamada "historia de las ideas" es un estudio cultural, pues no examina las ideas en sí mismas, como puros medios de conocimiento, sino las considera en cuanto factores históricos, del pasado, que, al asimilarse, han inspirado y recreado nuevas formas de vida.

La historia de la filosofía en el Nuevo Mundo, más que una historia del pensamiento puro es todavía en gran medida una historia de la cultura, es decir, una historia de las ideas recibidas de Europa y convertidas aquí en vida y obra cultural. Aprendemos aún filosofía de los europeos, no de los latinoamericanos. Nuestros propios filósofos, a su vez, consumen y difunden más filosofía importada que la que originalmente producen.

Esto, empero, no significa que no haya creaciones individuales. Por ejemplo, en la forma como aquí en Estados Unidos, de la asimilación del empirismo inglés resultó la individualidad original de Dewey o James, así en México, digamos, la creación de las filosofías neo-románticas de José Vasconcelos

y Antonio Caso fue el resultado de un nuevo significado que se encontró en la realidad con la ayuda de algunas ideas filosóficas de Europa y aun del Oriente.

La historia de la filosofía en nuestro hemisferio es el mejor ejemplo de un sentido de originalidad para una filosofía que puede definirse no estrictamente como un último conocimiento teórico de la realidad, sino como un nuevo hábito intelectual que es vitalmente y conscientemente original y último. En América hemos creado ya el material básico de una cultura con medios y recursos de los que puede formarse y se está formando una filosofía teoréticamente autónoma e independiente. Estos recursos son de dos clases, en cuanto proporcionan al pensamiento puro dos medios de expresión: uno práctico y otro vital y sensible. Tales medios son la tecnología en Estados Unidos y las letras en América Latina.

Pero antes de continuar con los medios de expresión de nuestro pensamiento, detengámonos un poco para distinguir tres tipos de originalidad que se han dado en la historia de la filosofía occidental:

1. La filosofía, considerada como interpretación puramente teorética de lo real, en un sentido primario es original de Grecia. Podemos ilustrar este concepto con la explicación que nos da Kierkegaard sobre el pecado original. Dice él que no se trata sólo de un primer pecado. Un primer pecado no tendría más importancia que los demás de una serie. En cambio, el pecado original es la irrupción de la angustia en

el espíritu. La angustia invade de tal modo el espíritu, que viene a ser al mismo tiempo origen y resultado de la caída del original estado de inocencia.[1]

Aplicando este concepto a nuestro campo, podemos decir que, a partir de un estado "natural" de inocencia racional, o ignorancia, el alma humana se ve de pronto lanzada fuera de sí por el asombro que todo lo transforma en maravilla o por la angustia que quiere comprenderlo, conocerlo, todo. La inteligencia se siente penetrada de un anhelo existencial de conocer y explicarse a sí misma todo lo que admira o teme ... e ignora. En el alma griega la admiración logró dominar a los temores, y por eso Platón, poeta, nos dio el asombro como origen del filosofar. Después, el físico Aristóteles lo convirtió en una mera "necesidad natural" cuando apuntó, al principio de su Metafísica, que: "Por la propia naturaleza, todo hombre desea conocer." Sea pues originada en el asombro, en la condición de nuestra naturaleza, o en la angustia, los griegos fueron los que despertaron en nuestro espíritu la necesidad de filosofar.

2. La filosofía europea pudo ser ya original cuando una nueva cultura, la cultura moderna secularizada, logró arraigar y afirmarse vitalmente a fines del siglo XVI. Antes de ello, la escolástica medieval no había realizado una asimilación cultural o interna de la filosofía griega; había sólo adaptado externamente o armonizado esas ideas con la fe cristiana. Entrado el siglo XVII, los pensadores europeos ya no tomaron el contenido del pensamiento griego aplicándolo a sus

propios usos, sino que, siguiendo nada más el método racional del griego, encontraron para la filosofía un nuevo contenido original, el contenido de la conciencia moderna. Aquí tenemos, pues, una originalidad de segundo grado: la de un nuevo sujeto filosofante, la recién estrenada conciencia de sí mismo, que en su interior redescubre el antiguo objeto del filosofar.

> Como nota marginal podemos añadir que la autoconciencia o conciencia subjetiva empezó su desarrollo dentro de las nuevas estructuras socio-culturales que dieron origen a las nacionalidades modernas. A partir del siglo XVII, las primeras semillas de la filosofía moderna plantadas en los nuevos terrenos de las culturas nacionales, dieron su fruto en Inglaterra, Francia y Alemania. Bacon, Descartes, Leibnitz, fueron los iniciadores del pensamiento que terminó en el empirismo inglés, el racionalismo francés y el idealismo alemán.

3. El tercer grado de originalidad de la filosofía no se funda en el viejo descubrimiento griego de la razón, ni en la moderna conciencia de sí del hombre europeo, sino, elementalmente, en una nueva conciencia del mundo, la conciencia de un Mundo Nuevo, una nueva realidad terrestre y humana. Primero, la conciencia americana nació originalmente como conciencia de la redondez de la tierra. En efecto, el descubrimiento de América, con la confirmación de los pies, con los que estamos pisando la tierra nueva, le dió realidad y vida consciente a esta vieja idea, hasta entonces abstracta e inverificada, de la redondez terráquea.

> A modo de segunda nota complementaria, indiquemos aquí que, de la misma manera, cuandc la conquista del espacio nos dé la experiencia real y viva de "plantar nuestro pie" en cualquier punto extraterráqueo, en algún lugar del cosmos, la novísima CONCIENCIA COSMICA será una realidad. Desde Galileo hemos conservado elementos puramente abstractos, ideas experiencialmente inverificadas de nuestro lugar en el cosmos, y hasta que los viajes espaciales nos den la indubitable convicción de nuestros pies, esta conciencia cósmica podrá ser efectiva y real.

La conciencia cultural del hombre americano, que recorrió palmo a palmo las nuevas tierras y se encontró, en confrontación de hombre a hombre, con los más diversos grupos humanos a lo largo del continente, no fue en su origen regionalista sino continental. Mientras en Europa el pensamiento que llegó a ser filosofía nació de comunidades nacionales, en América fue el horizonte continental de la nueva cultura lo que constituyó el marco o circunstancia original del pensamiento que está también ahora, en nuestro tiempo, haciéndose filosofía. La cultura hispanoamericana, como la cultura anglosajona, ocupan, cada una, un continente.

Durante los tres siglos de la colonia, la escolástica ayudó a mantener en el continente latino una ortodoxia intelectual incuestionable. Al final, saboteadas sus verdades por verbalismos bizantinos, no pudo impedir la infiltración de algunas ideas de la Ilustración y de filósofos modernos que fueron difundidas por espíritus inquietos o rebeldes como Gamarra en México, Espejo en Ecuador, Nariño en Colombia, y aun los jesuitas desterrados en Italia. Al mismo tiempo que se afirmaba la

independencia política, empezó en los países hispánicos la lucha por la independencia intelectual. Nuestros pensadores de esa época, aun los más hispanistas o hispanófilos, como Andrés Bello, sostuvieron un modo americano, originalmente nuestro, de pensar en español. Esta nueva mentalidad independiente buscó pronto inspiración en otras culturas europeas fuera de España, principalmente en Francia. Nuestro siglo XIX fue francés en gran medida.

Adelantado ya el siglo XX, en varios países latinoamericanos, de México a la Argentina, se pensó en la posibilidad de una especie de "filosofía nacional" que proclamara y sentara las bases de nuestra independencia intelectual, librándonos totalmente del colonialismo cultural que padecíamos. Esta reacción nacionalista duró aproximadamente de los años treinta al fin de la segunda guerra mundial. De entonces acá, nuestra conciencia continental volvió por sus fueros y ahora lo que interesan son las creaciones del pensamiento latinoamericano en toda su extensión. En vez de limitar o definir ninguna "cultura nacional," lo que nos identifica y une espiritualmente a los habitantes de cualquier país latinoamericano es la conciencia continental de nuestra cultura.

Para convivir un poco en esa comunidad cultural, hagámonos cargo aquí de uno de los más salientes rasgos del pensamiento en español que refleja muy bien el modo de ser latinoamericano. Este podría formularse así: Es muy difícil para el latino aceptar conceptos que no convenzan la sensi-

bilidad. Por eso es que las ideas políticas, sociales, religiosas o filosóficas, tienen que presentársenos en la forma más convincente y atractiva posible, esto es, en una forma tal vez retórica, oratoria, o en un estilo artístico, literario. El español ha sido un lenguaje literario, no científico ni filosófico.

Aquí volvemos al punto que señalamos antes cuando dijimos que en la base de nuestra sensibilidad americana hemos plantado ya el material de las ideas y sus medios de expresión, y que éstos son la tecnología en Estados Unidos y las letras en América Latina. El pensamiento nativo americano ha desarrollado aquí ciencia aplicada y técnica, como en Latinoamérica un saber y quehacer literario y humanístico. Por ello, la problemática de la filosofía angloamericana se ha orientado hacia el conocimiento puro, el conocimiento como tal, mientras en la América Latina se plantean más bien problemas de la vida humana, problemas de ética y metafísica, religión, política o sociología. La filosofía en Latinoamérica, que en las universidades se estudia junto a las letras en las llamadas Facultades de Filosofía y Letras, el lector extrauniversitario no la llega a buscar en las librerías bajo un rubro de literatura, como algún subgénero que se llamara "literatura filosófica". Sin embargo, su difusión sí ha venido a ser una actividad intelectual que depende de las "bellas letras" como de una forma de expresión y comunicación que hasta ahora ha sido la más aceptada.

De las varias formas y géneros de la literatura, el

ensayo es el que más se adapta a la expresión directa, no sólo analógica, del pensamiento filosófico. Por ello, este género ha sido para la filosofía en español el mejor medio de expresión exotérica, popular, aunque no haya sido, ni pueda ser, el mejor medio de creación teórica.

Queremos, pues, presentar ahora un ejemplo de su eficacia para iniciar una corriente de pensamiento en Latinoamérica. Vamos a examinar brevemente el ensayo que en México sirvió de punto de arranque a un movimiento nacionalista que se llamó "filosofía del mexicano" o "filosofía de lo mexicano." Esta obra es El perfil del hombre y la cultura en México. Su autor: Samuel Ramos.[2]

He aquí una breve biografía intelectual de este autor.

Nacido en 1897, Samuel Ramos empieza a estudiar medicina en la Universidad de Morelia y hacia 1921 y 22 deja la carrera de médico para dedicarse completamente a la filosofía. Toma esta decisión después de haber escuchado en la Universidad de México y en la Escuela de Altos Estudios al maestro Antonio Caso, el más brillante expositor mexicano de la nueva filosofía francesa que sucedió y superó al positivismo del siglo XIX. Por los mismos años, Ramos trabaja con José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública y, según el profesor Juan Hernández Luna, "de entonces parte su preocupación por crear una filosofía de la cultura mexicana ... Cuando Ramos se hallaba bajo la influencia de estas ideas de Vasconcelos, empieza a ponerse en contacto con el gran movimiento filosófico que inicia José Ortega y Gasset."

Y así, frente a la filosofía francesa de Caso, irrumpe en México la filosofía germanófila y nacionalista de Ortega. En ésta y en el criollismo de Vasconcelos están las fuentes de la llamada "filosofía del mexicano" que Ramos inició.

Pero en el tema de la cultura mexicana, Ramos sigue a Justo Sierra que, al restablecer la nueva Universidad Nacional de México en 1902, quería "nacionalizar la ciencia" y "mexicanizar el saber", como si las ideas fueran petróleo o algo por el estilo. Ramos, pensador inteligente, vio que el nacionalismo en el pensamiento no podría realizarse si, a las ideas francesas, de moda entonces, pretendiera enfrentar una filosofía originaria de México, que no existía ni existe aún. Lo que podía nacionalizarse auténticamente no eran las ideas, objectivas, de la ciencia o la filosofía, sino la fuente subjetiva del pensamiento, esto es, el hombre mismo de México y su haber cultural, la cultura que había vivido para sí, subjetivamente, en la propia circunstancia mexicana.

Ahora bien, esta cala inicial en la conciencia y trasfondo cultural del mexicano tenía que efectuarse con el medio de investigación y exposición más adecuado para ello, es decir, con el ensayo. En efecto, ensayar significa poner a prueba, y lo que Samuel Ramos puso a prueba en la probeta del ensayo que comentamos, fue la idea del mexicano. Por vez primera ensayó esta idea en el campo de la filosofía y en el de la psicología socio-cultural, entregándonos éste que él llama "un ensayo de caracteriología y de filosofía

de la cultura."

Nuestra intención no es discutir ahora el valor filosófico o psicológico de este análisis del mexicano y su cultura. Lo que deseamos simplemente es señalar nada más la fuerza inicial de esta idea que echó a andar al pensamiento mexicano por un cauce nacionalista en el que perduró de los años 30 a los 50.

Alberto Zum Felde establece así los puntos de arranque de este mexicanismo cultural: "La iniciación concreta ... puede hallarse en el discurso que Justo Sierra pronuncia en 1902, al inaugurar la nueva Universidad Nacional... La otra manifestación principal de este movimiento hállase, treinta años más tarde, en el libro de Samuel Ramos <u>El perfil del hombre y la cultura en México</u> ... Otras dos contribuciones significativas ... han de ser mencionadas ... Así como Ramos prosigue y profundiza a Sierra, Octavio Paz prosigue y ahonda a Ramos. <u>El laberinto de la soledad</u> es una grave reflexión interpretativa -- en cierto modo, fenomenológica-- sobre el alma y el destino del hombre de México, de su cultura, de su ser ... Ahora, en la avanzada de este movimiento, nos encontramos con un pequeño ensayo de Leopoldo Zea: <u>Conciencia y posibilidad del mexicano</u>."[3]

Ramos habla de una cultura europeamente o hispanamente "criolla" en México por impotencia creadora del que llama "egipticismo" indígena. Por ello nos advierte: "Es curioso que para formar esta cultura "mexicana", el único camino que nos queda es seguir aprendiendo la cultura europea. Nuestra

raza es ramificación de una raza europea." (p.95)

Entonces, ¿qué pasó con el indio? En su capítulo llamado "Perfil del hombre" no delínea los rasgos raciales, psicofísicos, del mexicano, sino que esboza sólo el ámbito cultural del hombre que vive en México. Para plantear el problema de la raza acude a Spengler y confiesa que no ha revisado nuestra historia desde ese punto de vista. (p.108)

En suma, su conclusión básica de la primera parte, en que estudia al hombre de México sometiéndolo a un psicoanálisis con las ideas de Adler, es que el mexicano "padece un sentimiento de inferioridad." Pero el mexicano no se siente inferior por su raza, sino por su cultura deficiente, es decir, por su incultura. En la segunda parte, que trata de la cultura en México, su tesis es que ésta, para ser auténtica, debe asimilar y no imitar, con una mueca irreflexiva, la cultura europea. Aquí descarta, pues, la capacidad de creación del indígena y con ello deniega la posibilidad de una cultura mestiza.

El indigenismo lo trajo la revolución mexicana. Ramos, siguiendo al Sierra prerrevolucionario, lo desconoce al pretender nacionalizar al hombre de México y su cultura subjetiva, asimilando, en lo mexicano, solamente lo europeo. Esta transculturación o asimilación de lo universal europeo en lo nacional mexicano, es un proceso pura y fríamente racional, abstracto, irreal. Se adapta el pensamiento europeo a la circunstancia mexicana de un modo lógico, como se aplica un concepto universal a un contenido particular, sin necesidad de

de vivir la vida de la tierra y del hombre nativo de ella.

El mexicano que más ha sentido la realidad originaria de su tierra, es el artista. Este ser sensible ha logrado captar la potencia de vida que late en la raíz indígena. La revolución mexicana removió escombros socio-culturales y despejó el campo en que la pintura, la arquitectura, la novela o el cine erigieron imágenes y símbolos indígenas de enorme fuerza dramática. Este drama del mexicano indígena tiene su mejor expresión en la obra de Goitia, Rivera o Tamayo. El pensamiento indigenista en la antropología, arqueología y linguística, siguió la pauta de intelectuales recreadores del mundo prehispánico como Alfonso Caso, Manuel Gamio o Angel María Garibay y una pléyade ilustre de discípulos y seguidores. De esta forma, un indigenismo social, estético, científico y humanístico se incorporó a la literatura de ideas y renovó, mestizándola, la ensayística nacionalista que Ramos encauzara por el hispanismo cuando, a raíz de su ensayo de 1934, acogió en la Facultad de Filosofía y Letras a pensadores hispanos como José Gaos, Juan David García Bacca, Eduardo Nicol, Luis Recaséns Siches y otros continuadores o admiradores, como él, de la filosofía orteguiana.

En conclusión, la importancia del primer ensayo filosófico de la idea del mexicano no está en el propósito nacionalista de su autor, sino en haber iniciado la investigación seria y definitiva de lo europeo como uno de los elementos esenciales y últimos que entran en la composición mestiza de la cultura latinoamericana.

Manuel Mendoza

N O T A S

1.- Sören Kierkegaard: El concepto de la angustia, Espasa Calpe, Col. Austral No. 158, caps. I y II.

2.- Samuel Ramos: El perfil del hombre y la cultura en México, E. Calpe, Col. Austral No. 1080, 3a. edición, México, 1965. (Las páginas citadas son de esta edición.)

3.- Alberto Zum Felde: Indice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica, Editorial Guaranía, México 1954, pp. 514-517.